

rador Maximiliano, y que algo se reflejaba en Carlos de España solo por ser su nieto. La mano de la infanta Catalina, prometida ya al brandeburgués, fué ofrecida á Juan Federico, sobrino del elector de Sajonia; pero el elector solo consintió en que se tratara de esta alianza á condicion de que no se obligara á salir de su indiferencia y neutralidad. En todo el resto de la nacion ni siquiera se pensó en que pudiese ocurrir á este ni á otro elector la idea de presentarse candidato á la corona imperial. Solo el Papa, al ver el mal aspecto que tomaba la candidatura de Francisco I, mandó á su embajador Miltitz á última hora, el 15 de junio, que hablara al elector de Sajonia para que éste presentara su candidatura; y el rey de Francia, viendo tambien su eleccion perdida, encargó todavía en 26 de junio á sus embajadores que trabajaran en favor del elector de Sajonia ó del de Brandeburgo, solo para que no saliese elegido el rey de España; pero ya el 24 del mismo mes el papa Leon X habia declarado por sus embajadores á todos los príncipes electores que consideraba á Carlos de España como el mejor hijo y defensor de la Santa Sede y que por lo mismo habia desechado sus temores respecto de la proximidad de la frontera de Nápoles.

La representacion del rey de Bohemia, Luis de Hungría, en el colegio de electores, representacion que tenia como tutor el rey de Polonia, pasó al embajador del reino de Bohemia en el parlamento imperial, y el 28 de junio los príncipes electorales reunidos en la iglesia de San Bartolomé eligieron unánimemente rey de Romanos al rey Carlos de España. Al día siguiente los pequeños soberanos de Luneburgo é Hildesheim, partidarios del rey de Francia, con el auxilio de la caballería del duque Carlos de Gueldres derrotaron cerca de Soltau á sus parientes los duques de Brunswick, partidarios de Carlos de España. El motivo de esta pequeña guerra, una de las innumerables que asolaron desde siglos la Alemania, no fué la defensa de ninguno de los pretendientes, sino un motivo local.

La eleccion de Carlos excitó gran entusiasmo en toda la Alemania como si constituyese una obra patriótica nacional; pero los electores viendo únicamente su conveniencia propia redactaron con gran cuidado la capitulacion que el nuevo rey de Alemania habia de jurar antes de ser proclamado. En esta capitulacion hubo de prometer Carlos no hacer alianzas con potentados extranjeros, ni promulgar leyes, ni convocar parlamentos, ni decretar impuestos sin la aprobacion de los príncipes electores; ni impedir las asambleas de estos, ni atropellar á ningun miembro territorial y directo del imperio ni permitir que otro los atropellara, y no declarar á ninguno fuera de la ley sin haberle oido antes con la formalidad debida. Se estipuló tambien que los parlamentos celebrarian sus sesiones solo en territorio alemán; que los altos cargos y dignidades del imperio serian confiados exclusivamente á alemanes, que no se introduciría en Alemania tropa extranjera y no se usaria en las relaciones oficiales mas lengua que la alemana ó la latina. Coronó esta obra constitutiva hecha entre los príncipes electores el restablecimiento del consejo permanente del imperio, caido en desuso desde el año 1501.

Tambien se obligó el nuevo rey á disolver las grandes asociaciones mercantiles que se habian formado en algunas ciudades, en cuyo gobierno preponderaban en virtud de su riqueza, lo que excitaba la envidia de los príncipes, si bien aquellos comerciantes habian adelantado el dinero que habia costado la lucha electoral. Por esto uno de aquellos comerciantes, el mas poderoso, Jacobo Fugger, escribió á Carlos en 1523: «Es cosa sabida é innegable que V. M. I. no habria podido lograr la corona imperial sin mí, conforme puedo probarlo con los escritos de todos los comisionados de V. M.»

Esta eleccion demuestra la existencia tanto de un idealismo novelesco como de una terrible falta de moralidad política en la nacion alemana, porque en aquel resultado de tres años de lucha, que parecia tener que hacer de la Alemania un accesorio de la monarquía universal española, habian tenido tanta parte las preocupaciones nacionales del pueblo alemán como el oro de los Habsburgos y del rey de Francia y alguna demostracion belicosa en el momento oportuno.

La lucha entre España y Francia no hacia entonces mas que principiar, y al jóven rey Carlos debia esperar todavía otro adversario cuyo nombre, apenas mencionado entonces en las altas regiones políticas, estaba destinado á ser pocos años despues el grito de guerra de toda la cristiandad (1).

## CAPITULO II

### EL RENACIMIENTO Y EL HUMANISMO

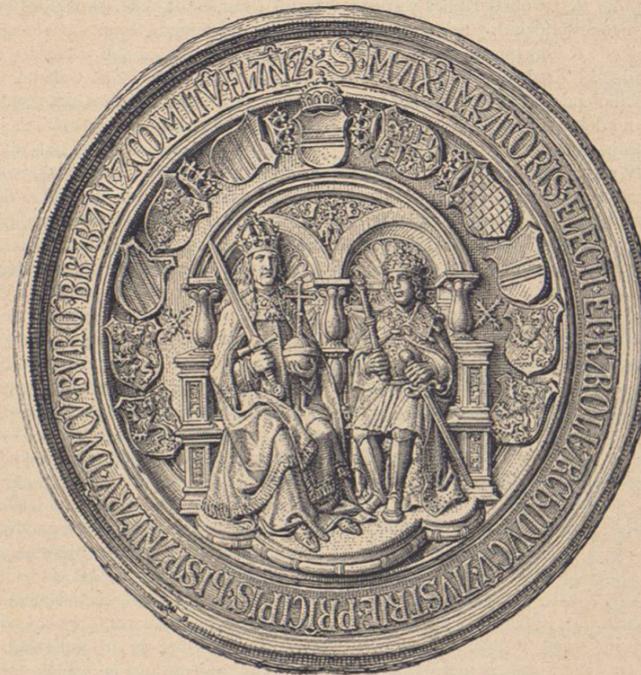
La fermentacion religiosa que en el último período de la Edad media se habia apoderado de Alemania estaba al parecer amenazada al principiar el siglo XVI de ser absorbida ó cuando menos dominada por una revolucion de la vida intelectual que afectaba en mayor ó menor grado, rapidez y energía á todos los pueblos europeos. La nueva civilizacion italiana avanzó lenta pero irresistiblemente hácia el Norte de los Alpes. Esta civilizacion, nacida en Italia, que desde el siglo XIII se habia colocado al frente del progreso intelectual, cuya jefatura habia ejercido hasta entonces la Francia, ha recibido el nombre de Renacimiento; aunque no fué ningun renacimiento de la antigüedad clásica como lo habrian deseado sus adeptos mas ardientes, sino solo la transicion de la sociedad á un estado intelectual, social y político enteramente nuevo. Con la transformacion de la cristiandad en un número de Estados políticos modernos, parecia transformarse el cristianismo en un estado intelectual que cifraba su religion no tanto en la fe en la divinidad, como en la fe en la humanidad. A pesar de no haber Petrarca, el padre del humanismo, y con él la gran mayoría de sus sucesores, querido ni remotamente romper con la Iglesia, ni mucho menos con el cristianismo, y á pesar de haber puesto al servicio de éste y de aquella sus mejores fuerzas los héroes de las artes del Renacimiento, aquella moderna civilizacion en su verdadero fondo no tenia afinidad con la esencia del cristianismo, ni nada que ver con los ideales de la Iglesia de la Edad media. La tendencia de la nueva civilizacion á buscar ideales nuevos era la mejor prueba de que los ideales viejos no la satisfacian. Lo natural y lo humano excitaba á la sazón el interés que antes habia inspirado lo sobrenatural y sobrehumano; y la necesidad de apoyarse en alguna autoridad se encontró satisfecha con los restos literarios y artísticos de la antigüedad clásica. Rindiendo culto á la belleza de la forma, que parece haber llegado á su último término en las obras maestras literarias, arquitectónicas y plásticas, aquellos misioneros de la nueva civilizacion acabaron por creer que los antiguos habian creado tipos modelos para todas las manifestaciones de la existencia y para todos los tiempos; que siglos de barbarie habian cegado aquel manantial inagotable de todo lo grande y bello, y que habiendo sido restablecido este manantial, la barbarie debia lavarse en él sus impurezas y la humanidad rejuvenecerse. No es este el lugar de exponer cómo los humanistas, artistas, filósofos y estadistas italianos desde el siglo XIV hasta el XVI prepararon una transformacion del modo de vivir y pensar para toda la Europa, y cómo creyen-

(1) Lutero, á quien parece aludir aquí el autor, no fué el grito de guerra de toda la cristiandad. (N. del T.)

do seguir en las huellas de la antigüedad greco-romana, llegaron á aproximarse algo á esta civilizacion bajo la influencia de factores muy diferentes. Aquí solo tenemos que ver con el humanismo italiano, bajo cuya forma recibió el resto de Europa el Renacimiento.

No puede decirse que los humanistas, los primeros representantes de la literatura libre, hubiesen presentado la nueva civilizacion bajo una forma digna y satisfactoria, porque fuera de algunos genios creadores, científicos y laboriosos, la gran

masa se componia de medianías y de disputadores que buscaban sus triunfos en pugilatos literarios. La ruptura de las ligaduras sociales antiguas no daba todavía á los nuevos libertos una existencia decente y asegurada, y los humanistas con todo su engrimiento de clásicos modernos, tenian que mendigar los favores de los grandes. Las innumerables contiendas literarias en que hasta humanistas de primera fila se cubrian mutuamente de lodo, revelaban mucho mas que el cinismo de que rebosan sus poesías, la desmoralizacion mas



Sello de Maximiliano I, emperador, y Carlos, rey de España (segun un clisé de yeso que se conserva en el Archivo Oficial de Berlin)

Sentados en un trono están el emperador Maximiliano I, en traje de coronacion, y su nieto el rey Carlos, armado. Entre los dos arcos, la insignia del toison de oro. En los montantes laterales del trono se repite cuatro veces el lema ó divisa de Maximiliano: *Halt maes* (nada de excesos). Encima y en medio del arco principal está el escudo ducal del Austria. Siguen á éste, en el lado derecho, los escudos de Hungría y Croacia con las coronas reales, luego los de Borgoña, Brabante y Luxemburgo; y en el lado izquierdo los escudos de Castilla y Leon y el de Dalmacia con sus coronas reales, y despues los escudos de Austria, Limburgo y Gueldres. La inscripcion circular dice:

S (igillum) . MAX (imiliani) . IMP (er) ATORIS . ELECTI . ET . KAROLI . ARCHIDVCV (m) . AVSTRIE . PRI (n) CIPIS . HISPANIARV (m) . DVCV (m) . BVRG (undie) . BRABAN (tie) . Z (et) . COMITV (m) . FLAN (drie) . Z (etc).

completa. A pesar de esto y de los conocimientos muy superficiales que muestran estos humanistas italianos, sin exceptuar los malos, fueron los misioneros de una nueva civilizacion que sin su entusiasmo, su actividad y su ruidosa petulantia habria quedado reducida por larguísimo tiempo á muy pocos centros. Sin los obreros inferiores del Renacimiento que supieron atraerse multitudes de adeptos con solo su latin elegante y sus poesías líricas y amorosas imitadas de las antiguas, los corifeos del Renacimiento que dieron brillo á la corte de Lorenzo de Médicis no habrian conquistado al mundo con la asombrosa rapidez con que lo hicieron. Los adeptos que Eneas Silvio, cuando estuvo empleado en la cancelleria del emperador Federico III, atrajo á la civilizacion italiana en Alemania, los que ganó el harapos poeta del Palatinado Pedro Luder en Heidelberg y hasta en Leipzig, y los que tuvo entre los magnates y grandes señores de Suabia Nicolás de Wyle con sus traducciones de obras antiguas y de los humanistas, se dejaron seducir los unos por la elegan-

cia de la expresion latina y los otros por los asuntos divertidos de las obras literarias.

El humanismo alemán empezó á manifestarse entre 1440 y 1480; y merece llamar la atención que desde las primeras tentativas se observa la tendencia á ponerlo al alcance de las masas, rasgo de cierta independencia nacional que bajo muchos puntos de vista originó una diferencia notable entre los productos de los maestros italianos y los de sus discípulos alemanes. Fuera de la propaganda de Eneas Silvio, propaganda enteramente casual, por estar Silvio al servicio del emperador, poquísimos esfuerzos hicieron los italianos para dar á conocer sus tesoros intelectuales á los «bárbaros» tudescos. El mismo Eneas Silvio no encontró á los alemanes á la altura necesaria para poder comprender y adoptar la civilizacion moderna con su literatura basada sobre la antigua clásica, y se queja muy particularmente en este concepto de la indiferencia de las clases elevadas. A este obstáculo se agregaban la existencia de una literatura popular y la ense-

ñanza; una y otra se hallaban precisamente entonces en un período ascendente, y rechazaban la nueva ciencia por lo extranjera y gentilica. Solo al cabo de largas luchas triunfó la civilización moderna; pero este triunfo duró poco, porque los humanistas, sus apóstoles, que creían ser los hombres del siglo, resultaron ser solo los precursores de una lucha intelectual gigantesca.

Háse dicho que por lo pronto las luchas y la actividad de los humanistas alemanes produjeron un cambio completo en la manera de ser de las escuelas y universidades, porque si en Italia se cultivó el estudio de las obras latinas y griegas antiguas en las cortes de algunos príncipes y no en las aulas, no fué así en Alemania, donde el humanismo tuvo que buscar, muy á pesar de sus adeptos, desde el principio un asilo en las universidades. Prescindiendo del mayor ó menor valor de la ciencia escolástica, no deja de ofrecer un espectáculo imponente el afán de instruirse que en la nación alemana se manifestó en los siglos XIV y XV. Príncipes y municipios desplegaron gran lujo en la instrucción y rivalizaron en celo para fundar universidades, cuyo número llegó en poco más de siglo y medio á diez y siete; y de éstas, solo dos, las de Wurzburg y Tréveris, fundadas respectivamente en 1402 y 1457, no llegaron á sostenerse. La de Praga, la más antigua, porque fué fundada en el año 1348, quedó, á consecuencia del movimiento husita, casi enteramente inservible para la Alemania y durante algún tiempo hasta para la Bohemia. Contaba la Alemania entonces cuatro universidades propiamente alemanas, las de Viena, Heidelberg, Colonia y Erfurt, fundadas respectivamente en los años 1365-1384, 1386, 1388 y 1392. La reacción nacional de los eslavos bohemios, los checos, contra el elemento alemán fué causa, como es sabido, de la fundación de la universidad de Leipzig en 1409. Diez años después se fundó la de Rostock para la Alemania del Norte. En la universidad polaca de Cracovia fundada en 1402 se restableció el contacto entre alemanes y eslavos, interrumpido en Praga y en toda la Bohemia. A mediados del siglo XV se fundaron las universidades de Greifswald en 1456, de Tréveris en 1457, de Basilea en 1460, de Ingolstadt en 1472, de Tubinga y Maguncia en 1477; luego la de Wittenberg en 1502 y la de Francfort del Oder en 1506. A excepción de la de Colonia, era incontestable la superioridad de las universidades del Mediodía de Alemania sobre las del Norte, y en general el Mediodía y Oeste de Alemania eran al fin de la Edad media más inteligentes, y estaban más adelantados que el Norte y Este. El rasgo común de todos los centros de instrucción de Alemania fué su carácter eclesiástico, como no podía ser de otra manera en una época en que la gente no comprendía que se pudiese ser sabio y erudito sin ser buen creyente, á pesar del célebre escolástico Occam, llamado el invencible y único. Todos los estudios, todas las carreras facultativas, el modo de tratar las cuestiones teóricas y hasta la vida material en las universidades estaban bajo la tutela y dirección de la filosofía escolástica, cuya manera de pensar, prontitud de réplica y educación mecánica de la inteligencia imprimieron un sello especial á la enseñanza y hasta á los chistes y bromas de los estudiantes. Fuera de Italia la escolástica estaba muy léjos de declinar; muy al contrario, florecía. Este apogeo resultó ser después una repetición y el principio del fin; pero entretanto acudía la juventud con más afán y en mayor número que nunca á las aulas para iniciarse en el arte de hablar y disputar sobre todo. No fué, sin embargo, la vez postrera que el amor á la ciencia adoptó un lenguaje y una forma singularmente feísimas; aquello era una fábrica de frases sin ideas, una gimnástica intelectual sin inteligencia, y todo su objeto parecía reducirse á hacer ruido. Se comprendió de la indignación de los humanistas al recordar la termino-

logía lógica con su *baroco boraco* y otros nombres técnicos monstruosos que parecen fórmulas de invocadores de espíritus; pero estas extravagancias no autorizarían á condenar la escolástica, pues nombres monstruosos se encuentran también y no en pequeño número en las ciencias modernas, y bien podemos conceder á la escolástica á lo menos el mérito de haber hecho progresar de un modo no despreciable la habilidad dialéctica con sus interminables prácticas. Fuera de esta práctica intelectual que consumía mucho tiempo y vigor, no se encontrará otro resultado útil de las luchas de los antiguos y modernos y de los bandos escolásticos del último período, que tantas generaciones ocuparon. El defecto fundamental consistía en que la ciencia tenía prescrito rigurosamente el resultado de su trabajo, pero desde que Santo Tomás de Aquino satisfizo esta condición de una manera tan clara y tan completa que era inmejorable, no quedaba ya otra cosa que hacer más que una oposición de todo punto estéril, ó bien cultivar la técnica científica, pues so pena de poner en peligro su vida, no podían llegar á resultados nuevos. Un genio crítico como Occam, que prefería buscar la verdad á su posesión imaginaria, debía pasar irremisiblemente de sus dudas sobre si la teología era ciencia al exámen del fundamento teológico de la organización jerárquica de la Iglesia. Estando destinado todo este aparato científico exclusivamente al servicio de la Iglesia, no podían ser las universidades otra cosa más que establecimientos eclesiásticos. Su objeto especial era crear un clero instruido, y por lo mismo su organización, método de enseñanza y disciplina estaban tomados de las antiguas colegiadas y de los conventos antiguos; los maestros y discípulos eran en su mayor parte clérigos; aquellos eran célibes y estos vivían en sus colegios y seminarios bajo un régimen semi-monacal, al cual faltaban naturalmente tanto como podían. No existían condiciones de admisión; así había entre los matriculados niños adolescentes y hasta hombres casados, pero á pesar de la facilidad de admisión y de la mezcla de individuos de toda edad, calidad y condición social, todos los escolares formaban como una corporación y tenían la conciencia de su solidaridad, lo que se comprende si se tiene presente que en aquella época toda la nación estaba dividida en castas, clases y corporaciones rigurosamente separadas. Las reyertas entre los escolares y la clase media y baja no escolar eran frecuentes y no pocas veces sangrientas, y hasta hubo casos en que el pueblo, auxiliado por la fuerza armada del municipio, sitió y tomó por asalto los colegios y seminarios en que vivían los estudiantes. En una de estas reyertas que ocurrió en Erfurt en el año 1510, los ciudadanos y soldados apuntaron cañones contra el colegio grande y destruyeron después de la huida de los estudiantes no solamente este edificio, sino también el archivo y la biblioteca de la universidad. Poco tiempo después, en 1513, hubo revueltas análogas en Viena, motivadas por la burla que hacía el pueblo de un nuevo traje escolar prescrito á los estudiantes. Estos escándalos no rebajaron en nada la presunción de la gente letrada ó «docta», tan orgullosa de sus títulos de bachiller, licenciado ó doctor como podían serlo los nobles, el clero y otros de los suyos. Los estudiantes, como todos estos, ostentaban los distintivos exteriores de sus grados académicos. Lutero habla con tanta fruición de la «majestad y magnificencia» con que se celebraba en Erfurt la obtención de los grados de licenciado y de doctor, que dice: «Dudo que exista otra satisfacción terrena igual.»

Este orgullo de clase de la gente letrada existía en Alemania mucho antes de la aparición del humanismo ó de las letras profanas; poder hablar un idioma que los demás no entendían, aunque este idioma fuese el latín bárbaro ó mejor dicho el alemán rudo latinizado, jerga compuesta de expre-

siones bíblicas y otras usadas en los libros de lógica, mezcladas con otras traducidas groseramente del alemán, ya muy groseras de suyo, era la ambición y el orgullo de cuantos no tenían otros títulos para ser algo más que el resto de la gente.

Con las primeras letras entraba el joven en la atmósfera especial escolar que era la del mundo erudito, representado con razón en un antiguo grabado en forma de un edificio con una sola puerta, la lengua latina, que conducía á los pisos superiores, formando el último, remate del edificio, la teología y la metafísica. Difícil es formarnos hoy una idea de la enseñanza elemental al ver los libros usados entonces, con sus comentarios, argucias y silogismos; pero se sabe que se obligaba á los niños á servirse entre ellos solo del idioma latino; al que faltaba á esta prescripción se le sentaba en un caballete figurando un asno; luego debían aprender de memoria muchos versos latinos, y no se les escatimaba el castigo. El alemán se empleaba solo en los casos más forzados para enseñar á los principiantes los primeros rudimentos del latín, y fácil es imaginarse qué latín se gastaba en las escuelas; pero el latín más estropeado y bárbaro valía entonces más que el mejor alemán, aunque, como dice un escrito del siglo XV, los niños debían aprender lo que ignoraban por medio de explicaciones dadas en un idioma que no entendían y auxiliadas con el palo é innumerables recursos pueriles. Del abuso del palo en las escuelas se lamentaron ya no solamente genios elevados y delicados como Rodolfo Agrícola y Erasmo, sino hasta naturalezas rudas como Lutero, que en este punto por cierto no había sido mimado en la casa paterna ni en su infancia y juventud en general. Con todo, cierto es que en el siglo XV no escaseaban en Alemania ni las escuelas ni los maestros. Las ciudades, los conventos, monasterios, colegiadas y catedrales, así como las iglesias parroquiales, tenían sus escuelas, estas últimas por lo general costeadas y administradas por los municipios. Los «hermanos de la vida común» tomaron particularmente á pecho la enseñanza de la juventud, y aunque se aplicaron mucho más á la educación religiosa que á la literaria, gradualmente la adoptaron sobre la base religiosa práctica, rechazando las tendencias gentilicas tanto de los autores antiguos griegos y latinos como de los humanistas italianos.

La meta de toda la enseñanza y de todo estudio eran invariablemente la teología y la filosofía aristotélica, ajustada por supuesto á la doctrina y teología cristianas, sin perjuicio de un grandísimo respeto y hasta cierta veneración entusiasta á veces al creador pagano de esta filosofía, tanto que en un libro de la «Vida y muerte de Aristóteles» se trata á este gran maestro nada menos que de precursor de Cristo, y el autor asegura que aquel insigne varón alcanzó «con su santa y preciosa muerte la bienaventuranza y gloria eternas.» Al propio tiempo condena el mismo autor por herejes á todos los adversarios de Aristóteles, en particular los begardos y lolardos, que fuera de la Biblia no querían reconocer otra autoridad ni filosofía antiguas. El culto que se tributaba á Aristóteles excitó la ira de todos los reformadores, y Lutero califica á este filósofo de la antigüedad de «pagano necio, ciego y engañador.» Hasta en las obras de arte de aquella época se reflejan el culto del gran filósofo y la siguiente reacción contra él mismo y los demás filósofos antiguos. En una pintura célebre del siglo XIV que se encuentra en la iglesia de Santo Domingo, en Pisa, se representa á Santo Tomás de Aquino con Aristóteles á un lado y Platon al otro, cada uno con un libro abierto en la mano, de cuyos libros recibe el santo rayos de luz, y en un grabado de madera de Juan Holbein y del año 1527 se vé á la iglesia romana precedida por Platon y Aristóteles correr hácia un abismo, apartándose de

Cristo, la verdadera luz. En el cuadro de Pisa la iglesia católica sanciona y glorifica la filosofía griega, y en el grabado de Holbein los fomentadores del protestantismo la condenan abiertamente. Platon, aunque figura en ambas obras del arte en compañía de Aristóteles, jamás tuvo ni para los católicos ni para los protestantes la importancia de Aristóteles, pues este último fué en los siglos XV y XVI para casi todos los genios inclinados á filosofar el único faro de luz; y los que de este maestro se apartaron para seguir á Platon, cayeron en el misticismo más ó menos exagerado. A estos desertores del campo escolástico pertenece Cusano, ó mejor dicho Nicolás Chryppis, natural de Cues, por cuya razón se dió el nombre latino de *Cusanus*, el pensador alemán más original del siglo XV, en cuya mente se mezclaban las ideas viejas con las nuevas, ilusiones místicas con alguna tendencia de reforma. Habiendo estudiado todos los ramos del saber humano de su época, no pudo dar nunca con la clave de la situación de transición de aquellas generaciones, cuya agitación no comprendía, y en medio de todas sus especulaciones filosóficas y confusas, se esforzó inútilmente por conciliar los opuestos extremos. Por lo demás, sospechó el movimiento de nuestro planeta, preparó la reforma del calendario juliano, y á pesar de sus tendencias místicas, tuvo bastante criterio histórico para dudar de la autenticidad de ciertas tradiciones del papado consagradas por el tiempo, como la donación de Constantino y las Decretales de Isidoro. En una conversación religioso-teológica que tiene efecto en el «cielo de la sana razón natural», proclama la armonía de todas las religiones, á la par que el fatal error «de los que creen glorificar al Creador persiguiendo á los que no creen lo que creen ellos, como sucede entre cristianos y mahometanos, siendo no obstante innegable la afinidad entre el Evangelio y el Corán.» Mas todas estas ideas eran en Cusano presentimientos vagos, ni más ni menos que su profecía de que la Iglesia renacería en el primer cuarto del siglo XVIII, después de durísima lucha con el Anticristo. Como príncipe de la Iglesia no fué Cusano menos intolerante que sus colegas; pero esto no quita su mérito á la voz aislada y solitaria de este hombre de talento, que poco antes de la gran reforma religiosa se levantó á favor de la reconciliación y tolerancia religiosas. El mismo aislamiento del varón cuya filosofía entusiasmó después á Jordano Bruno, da una pobre idea del estado de la ciencia y de las universidades alemanas en aquella época, lo cual ha inducido á algunos historiadores á ver en el erudito cardenal Cusano un precursor del humanismo alemán; pero la verdad es que si este varón se apartó del sistema escolástico no fué por ser humanista, sino por otros motivos muy distintos.

Suele presentarse la invención de la imprenta en unión con la gran transformación intelectual que produjo el Renacimiento de las letras y artes, y en efecto, la invención de Gutenberg hizo avanzar la civilización humana súbitamente un grandísimo trecho, y con razón se glorifica la nación alemana de haber proporcionado á la humanidad tan preciosísimo don. El nuevo arte se extendió en pocos años por todas las naciones de Europa; los italianos aceptaron con repugnancia la invención de los bárbaros tudescos, tanto que el duque de Urbino no quiso admitir en su biblioteca libros impresos; pero esta repugnancia duró poco, y en el año 1500 trabajaron ya solo en Venecia 199 prensas y no tardaron los impresores italianos á dejar muy atrás á sus colegas de Alemania tocante á la belleza de los caracteres, á la multitud y abundancia de obras impresas y á la importancia de sus empresas editoriales. Las imprentas alemanas daban al público, hasta muy adentro del siglo XVI, casi exclusivamente libros religiosos y eclesiásticos; pero los italianos imprimieron las

obras de los clásicos de la antigüedad y las del humanismo moderno. Cuando finalmente el humanismo alemán hubo conquistado ya en su país derecho de ciudadanía, todavía sus representantes se proveyeron durante largo tiempo en Italia de las obras que necesitaban. Los primeros impresores que en Alemania publicaron obras clásicas antiguas reproduciendo las ediciones italianas, y que por cierto hicieron negocios brillantísimos, fueron los Coburgo, en Nuremberg, en cuyos talleres trabajaban 24 prensas, y los Frobe en Basilea; mas en general se publicaron en Alemania libros eclesiásticos, conforme lo exigía el estado intelectual de la masa del pueblo alemán, á saber, innumerables Biblias y libros de devoción, obras escolásticas, de jurisprudencia y de enseñanza, en latín, y colecciones de sermones, todos libros destinados al clero; mientras las muchas Biblias y los devocionarios, leyendas y vidas de santos en lengua alemana, atestiguan el espíritu devoto del pueblo. Al lado de esta literatura ocupa un lugar modestísimo la profana y especialmente la humanista, cuyo aumento perezoso indica el progreso proporcional y lento en Alemania de la civilización italiana sobre la antigua escolástica. Para su progreso y predominio sobre la civilización eclesiástica, sólidamente organizada sobre el duro feudalismo de los señores y sobre las universidades petrificadas en el escolasticismo, la civilización moderna tuvo que experimentar modificaciones notables. La tacha mayor que se encontró en el humanismo cuando éste empezó á introducirse en Alemania fué su afición á las bellas formas de la antigüedad, afición que los eclesiásticos mas celosos calificaron de primer paso en la pendiente peligrosa que conducía al paganismo. El abuso que hicieron los aficionados á las humanidades de las expresiones de los clásicos antiguos aplicándolas á las cosas de la Iglesia y fe cristianas, justificaba estas acusaciones, pues no faltó quien en su entusiasmo comparase el nacimiento de Cristo con el de Hércules, y á la Virgen con Diana. A esto se agregó que la famosa poesía de los antiguos y de sus discípulos modernos era una escuela de inmoralidad, que los aficionados á las bellas formas carecían de verdadera erudición y que de consiguiente no tenían derecho á erigirse en jueces de la ciencia sólida cultivada hasta entonces. Uno de estos críticos y partidarios de la ciencia escolástica, un profesor de teología de la universidad de Viena, observó que la nueva civilización intelectual iba acompañada de otra material, como lo demostraba el aumento del lujo así en las cortes de los príncipes como en las ciudades. En su concepto la poesía no era una de las siete artes liberales, por lo cual aconsejaba á sus partidarios que se dedicasen al estudio de las cuatro facultades y á adquirir sus tesoros científicos en lugar de hacer versos. También Gregorio de Heimbargo, aunque algun tanto humanista, luchó enérgicamente contra la nueva corriente, diciendo que la afición á las bellas formas de las letras clásicas no suplía á los estudios serios; y en sus polémicas se esforzó por demostrar la insustancialidad y superficialidad de personas como Eneas Silvio. Muchos adversarios de las letras modernas añadían á sus argumentos la observación de que los estudios contra los cuales combatían eran ya sospechosos por el hecho de proceder de Italia.

En el último tercio del siglo xv, en Alemania el humanismo se había unido íntimamente al cristianismo, á pesar de las influencias italianas, y esta unión fué la base de la civilización alemana, cuyos primeros representantes fueron los «hermanos de la vida común», cuyo gran principio formuló Hegio, de Westfalia, diciendo que toda ciencia adquirida á expensas de la religiosidad era un mal. Otra notabilidad de esta comunión, la de mas talento, Rodulfo Agrícola, que había respirado y gozado toda la delicia de la libre atmósfera intelectual italiana, se propuso dedicar el resto de su vida á

los estudios bíblicos, y como el célebre místico del renacimiento italiano, Pico de la Mirandola, hizo enterrar amarrado con sayal de fraile.

Así como Deventer, centro de la comunidad de los hermanos de la vida común, fué en el Noroeste de Alemania el foco del humanismo cristiano alemán, del mismo modo en el Sudoeste del imperio, en Alsacia, fué el foco de un movimiento análogo otra escuela en Schlettstadt, cuyo director, Luis Dringenberg, natural de Westfalia, había sido educado por los hermanos de la vida común. Todo el mérito y toda la ambición de los maestros de Schlettstadt, Estrasburgo y Basilea se redujo á escribir un latín algo menos bárbaro que los demás literatos alemanes, á leer con tímida precaución algunos clásicos latinos en cuanto esta lectura y su empleo en las escuelas no estaban reñidos con la iglesia católica romana. Bajo este punto de vista y dentro de este límite admitieron la civilización intelectual italiana Jacobo Wimpheling y sus colegas é imitadores, entre los cuales el genio mas poético fué Sebastian Brant, de Estrasburgo, el autor del *Buque de locos*, obra que, según dice un admirador suyo, «difícilmente habría podido componer Homero!» Estos literatos cristiano-humanistas alemanes no cedían á los italianos, tan criticados por ellos, en esto de glorificarse mutuamente, ni en el empleo de algunas obscenidades groseras en su lenguaje popular, á pesar de condenar siempre la inmoralidad de las poesías de los clásicos latinos, cuyo verdadero espíritu jamás llegaron á comprender. Wimpheling, que había dicho que los adversarios de la poesía de los antiguos merecían que se les arrancara la lengua, acabó por querer ver reemplazado á Virgilio por Sebaldo y á Horacio por Prudencio, y otro literato dijo que las musas no eran hijas de Júpiter sino de Satanás. Los corifeos de los cristiano-humanistas alemanes de Estrasburgo y de Basilea eran dos teólogos, el severo orador sagrado Geiler de Kaisersberg y el escolástico Juan Heynlin de Stein, que murió siendo cartujo.

En semejantes condiciones el humanismo alemán se mostró tímido y pobre, guiándose por el principio ó consejo expresado por Sebastian Brant, de no meterse en honduras á las cuales no alcanza el entendimiento. No podemos exponer aquí los pormenores de la larga contienda entre la ciencia escolástica y la moderna, entre las escuelas inferiores y superiores; ni la propagación lenta del humanismo, que á pesar de mezquinas rivalidades, se manifestaba en las gramáticas y otros libros de enseñanza; ni, en fin, la formidable lucha por la existencia entre un mundo condenado á desaparecer y otro nuevo. Los que se llamaban poetas, filósofos y profetas de la nueva civilización atacaban con toda la impetuosa de la juventud á los «bárbaros», es decir, á los sofistas y teólogos, arrebatándoles una universidad tras otra y arrollando toda resistencia de los defensores de la antigua rutina. Los fogosos humanistas tuvieron sus mártires, pero no cejaron en su afán de desbarbarizar las universidades y de hacer la Alemania mas latina que el antiguo Lacio. Uno de ellos, Henrichmann, natural de Suabia, escribió en 1506: «Considero casi como un honor que los bárbaros, los rudos y los perezosos, digámoslo de una vez, que los machos cabríos hediondos, descarados é impudentes, desechen mis obras, porque á los mochuelos ofende la luz y los asnos prefieren la paja al oro.»

Decenios pasaron, sin embargo, antes de que el humanismo con la propaganda incansable, principalmente de los poetas ambulantes, tomara definitivamente las fortalezas de la escolástica. Estos triunfos eran todavía muy contados en el siglo xv; en 1471 se creó en Friburgo y en 1474 en Basilea una cátedra de poética; en 1481 en Tubinga una pensión para enseñanza de la elocuencia y en 1492 la universidad de

Ingolstadt admitió á Conrado Celtis como profesor de retórica y poética. En 1493 introdujose el humanismo en Viena, cuya universidad hizo obligatorio el conocimiento de las humanidades para la concesión de los grados académicos, y substituyó con un libro de texto italiano moderno la antigua y célebre gramática escolástica de Alexander. Las universidades de Wittenberg y Francfort nacieron ya bajo la influencia del humanismo, tanto que el fundador de la primera acudió para la debida autorización de su creación, no al Papa, como hasta entonces había sido costumbre, sino al rey de Alemania en Viena. Este, por su parte, había creado ya en su capital, de su propia autoridad, una facultad de poética, y siendo emperador fué el primero que concedió á los poetas alemanes el tan ambicionado distintivo exterior de la nueva civilización literaria: la corona de laurel. Desde enton-

ces los felices «laureados» miraron con desprecio los grados académicos antiguos, bien que en el fondo la nueva ambición no se diferenciaba de la pedantería necia que hasta entonces había andado á caza de los títulos de licenciado y doctor. Por lo demás, pudieron darse y se dieron por muy contentos los humanistas que al fin de su vida aventurera é inestable lograron como Celtis una cátedra fija, aunque fuese en universidades hostiles á toda innovación como las de Leipzig y Colonia, y teniendo, por supuesto, por colegas licenciados y doctores del partido antiguo.

Entre los años 1520 y 1540 las universidades que mas se habían resistido á introducir en sus programas de enseñanza las bellas letras modernas, admitieron en mayor ó menor grado los estudios de humanidades, pues entonces se había librado la gran batalla principal entre los poetas y sus ene-



«Cristo es la verdadera luz.» Facsimile reducido de un grabado en madera de Juan Holbein, el menor.

migos, cuya lucha desigual dió lugar á un caso que llamó la atención de toda la Europa literaria é instruida.

Después de haber tenido el prudente y cauteloso Wimpheling una contienda violentísima con los frailes mendicantes, á causa de su descubrimiento de que San Agustín no había usado capucha, concentróse el antagonismo entre la escuela escolástica y la humanista en un punto de controversia que en su origen nada tenía que ver con el estudio de los autores clásicos de la antigüedad y cuyo héroe involuntario no tenía ni el talento ni inclinación para el papel que desempeñó.

Juan Reuchlin, nacido en el año 1455 en Pforzheim, no era poeta, aunque compuso algunas comedias latinas, pues su ideal no fué lo bello, sino la verdad. Fué el primer grecista alemán digno de nota; pero su entusiasmo por Homero no le privó de colocar muy por encima de este gran pagano á Gregorio Nacianceno. Odiaba el cultivo exclusivo de las bellas letras, y según dijo una vez, no quería que «la Sagrada Escritura cayera en el olvido y se perdieran las almas escuchando el canto seductor de las sirenas, al cual apenas pudo resistir Ulises.» Anhelaba un renacimiento del cristianismo, idea que presentían los genios mas nobles del humanismo italiano y que deseaba ver realizada su amigo Agrícola, el primer alemán platónico. Reuchlin, admirador de Cusano y de Pico de la Mirandola, fué mas allá del llamado platonismo y llegó hasta las fuentes del conocimiento de la divinidad anteriores al cristianismo, fuentes que creyó haber encontrado en Pitágoras y sobre todo en la Cábala, la supuesta antiquísima ciencia oculta de los judíos. No por eso dejó jamás de ser hijo fiel de la Iglesia, solo que, como dice Enrique Ritter, no le bastó como á los gnósticos la fe cristiana sencilla. Para satisfacer este impulso dedicóse al estudio del

hebreo, estudio que introdujo en Alemania y en el cual chocó con los obtusos frailes dominicos de Colonia. Quiso salvar de la destrucción los libros sagrados de los judíos, y esto le comprometió en una contienda en la cual no siempre supo conservar su dignidad, á pesar de su edad ya avanzada. La importancia de esta contienda estaba en el antagonismo entre los hombres de la inquisición y los humanistas, y como dijo Muciano: «Todo el mundo está dividido en dos campos, el de los estúpidos y el de los partidarios de Reuchlin.» En los años 1515, 1516 y 1517 se publicaron las «Epístolas de los hombres oscuros», que ponen en ridículo á los adversarios de Reuchlin, tratándoles de idiotas y miserables, y haciéndoles referir en latín chapurreado sus aventuras capulosas y su odio á los poetas.

Inútil es seguir aquí la marcha de esta larga contienda, en la cual Reuchlin tenía de su parte á los poetas y finalmente también al emperador Maximiliano. En 1520 cuando Sickingen, á su manera de salteador y capitán de mercenarios, redujo al silencio á los dominicos de Colonia, el Papa, en cuya corte Reuchlin contaba, sin embargo, con poderosos amigos, falló á favor de aquellos frailes; pero no pudo anular el resultado mas importante de la larga contienda, á saber: el haber tenido el humanismo la tan deseada ocasión de manifestar su verdadero carácter íntimo, que era y continuó siendo, no obstante todos los compromisos, adversario de la Iglesia. En efecto, tan luego como se salía un poco del estrecho y humilde horizonte de los hombres como Wimpheling, corría peligro de rebelarse contra la autoridad de la Iglesia inflexible y preferir en su lugar la de la antigüedad clásica, ya que aquella gente necesitaba siempre una autoridad para cobijarse á su sombra. Así fué que los genios mas atrevidos, poetas verdaderos ó que creían serlo, como Conrado Celtis, Ar-